



UN SEÑOR DE LA DANZA

ANTXON OBESO

Cumple los preceptos de la religión naturista de los vascos; acompaña a Arbelaiz, el sacerdote, a hacer una hoguera en la cumbre de la montaña en ciertos días, y baila en los claros del bosque con sus convecinos, a la luz de la luna, las noches de plenilunio.

PIO BAROJA

Ahí está el rito en la más pura esencia. Ahí la profunda oración. La danza forma parte de su vida, y él nunca ha abandonado a la danza. Y habría que saber de este maridaje, del hombre y la danza, o, mejor dicho, de la danza y el hombre, pues la danza antecede al hombre, pues es más vieja, siempre lo será, qué valores se han comunicado el uno al otro. Porque en Luis Arruabarrena sigue habiendo todavía una juventud visible, no sólo cuando trenza pasos de vieja danza vasca, sino también en su sonrisa espontánea con la picardía de un muchacho. Por otra parte, su profundo respeto a lo tradicional, a lo imperecedero, y por eso quizá su adoración por medio del arte de la danza.

Es posible que sea su más genuina expresión. Al ritmo del txistu, de ancestral sonido, casi tan elemental como en su concepción, Luis, recogido en gravedad religiosa, trenza

bellos pasos, pasos de siempre, pasos que sudando nostalgias de siglos están ya esculpidos en la eternidad.

Luis no ha abandonado nunca este medio de oración. En los acontecimientos felices de familia ha habido un momento de recogimiento, un momento de canto y también un momento de aurreku. Y al igual que sus antepasados dantzaris bailando sobre las verdes praderas a Urtzi Thor, Luis también ha dirigido su rito, su oración, su ofrenda.

Pienso que para que un hombre continúe siempre, toda su vida, orando así, de esta manera, es necesario ser artista y, por otra parte, estar plenamente integrado, de algún modo, en el alma del pueblo, de su pueblo.

Ahí está, reflejada en la fotografía que ilustra la página, ese gesto de saludo de esta danza viril escrita en el espacio por este señor de la danza.